

no caer en el hondo abismo de lo eterno, que reclama su presa... Cesó un momento el estertor, y aquella angustia infinita estalló al fin en dos palabras, que parecieron salir á fuera, saltar en el aire hechas pedazos...

—¡Ren...zo!... ¡Tes...ta...men...to!...

Torció luégo los ojos: el bramido se debilitó, como el aliento de un vencido, y su rostro quedó inmóvil y espantado, cual una mascarilla vaciada en el molde del terror...

Benita y su hermana corrieron fuera de la estancia dando gritos: Lorenzo y Sancho cogieron el cadáver y lo entraron en la alcoba... Allí estaba la cama descubierta ya, caliente y mullida, esperando á su dueño!...

Doña Tula quedó olvidada de todos en el gabinete, clavada en el asiento en que habia caído, como herida de un rayo, alelada, mema, viendo pasar ante sus ojos, sin darse cuenta de ello, los criados que entraban y salían, los médicos que llegaban presurosos, los amigos que acudían solicitos... Una sombra negra entró también precipitadamente en la alcoba, y volvió á salir á poco: era el Cura Párroco, D. Félix Sangüesa.

Doña Tula lo reconoció, y dió entonces una señal de vida: le castañetearon los dientes...



## IX



AS dos velas que ardían ante un crucifijo, sobre una consola, dejaban en la sombra el lecho, con las blancas cortinas corridas del todo, y arrolladas á la cabecera: sobre él se distinguía una figura larga y tiesa, que denunciaba las rigideces del cadáver, bajo la blanca sábana que la cubría. Ni un ruido, ni un suspiro se oía en la alcoba: sentado en un rincón estaba inmóvil Lorenzo, con el sello terrible que deja un dolor profundo sobre un organismo varonil y fuerte.

Oíanse por fuera pasos quedos de gente, que iba y venía con cierta temerosa precaución, como si la muerte, entronizada en la alcoba,

impusiese á todos silencio con un dedo sobre los labios: á veces asomaba por entre las cortinas entreabiertas de la puerta, un rostro indiferente ó desconocido, que miraba hácia el muerto con esa curiosidad entre estúpida y medrosa, con que contempla el populacho los escombros de un incendio ya apagado, ó las víctimas de una catástrofe en que ya no hay peligro. En una de las piezas vecinas resonaban sordos martillazos: eran los agentes de la «Empresa funeraria,» que colgaban un salon de negro, y ponian en el centro el catafalco destinado á recibir el cadáver. Uno de ellos, con el cigarro detras de la oreja y la gorra puesta entró en la alcoba y se fué derecho á la cama. Lorenzo le detuvo por el brazo, con un movimiento de ira: el hombre le miró sorprendido, y dijo friamente:

—La caja...

Sacó luego un metro de medir, tomó la longitud del cuerpo sin descubrirlo, y se fué sin decir palabra... Lorenzo se puso á pasear de un lado á otro: su dolor tenia mucho de la rabia mezclada de sorpresa, que se apodera del caballo salvaje, al sentir por vez primera, sin poder defenderse, el duro aguijon del acicate. ¡Era aquella su primera pena!...

Una extraña pareja, de catadura siniestra, cortó á poco el paso á Lorenzo: eran una vieja

y un muchacho que traia un envoltorio. Sorprendiéronse al verle, y se miraron entre sí como turbados.

—¿Qué hay?—exclamó iracundo Lorenzo.

—Somos... veníamos... tartamudeó la vieja.

—A amortajar el difunto,—concluyó el muchacho con descaro.

Lorenzo sintió un movimiento de furor, que le hizo exclamar con voz de trueno:

—¡Fuera de aquí,—canalla!...

La vieja echó á correr: el muchacho se detuvo un momento, como para embestir á Lorenzo, y luégo se retiró lentamente, volviendo el rostro con aire de amenaza.

—¿A qué nos llaman entónces?—refunfuñaba.

Lorenzo salió de la alcoba en busca de su madre, y supo que ella y sus dos hijas se habian marchado á casa de Sancho. Una sonrisa de hiel entreabrió sus descoloridos labios: llamó á la vieja Manuela, su nodriza, y con ayuda de ésta, se puso á amortajar el cadáver de su padre. A las doce trajeron un ataud de zinc y otro de madera, forrado de terciopelo, con grandes franjas de oro. Lorenzo mismo acomodó el cadáver en el ataud de zinc, y lo vió soldar luégo, sin hacer un movimiento, ni pronunciar una palabra. Tenia el ataud en la tapa una ventani-

ta de cristal, que dejaba ver claramente el rostro del difunto.

Estaba el salon colgado de arriba abajo de bayeta negra, y porque era largo en demasía, habian tendido los paños de un testero á dos metros de la pared, para acortarlo, amontonando en aquel escondite los muebles, cuadros y espejos que ántes decoraban la estancia. Levantábase el catafalco en el centro, cubierto de terciopelo negro, y rodeado de grandes blandones y candeleros dorados, con gruesos cirios encendidos: en el fondo habia un altar cubierto tambien de terciopelo negro, y encima un gran crucifijo con velas amarillas en torno.

Lorenzo se sentó al pié del catafalco, que dispuesto en declive le dejaba ver frente á frente, y á traves del cristal del ataud, el rostro terrizo del cadáver... ¡Aquello era todo lo que le quedaba de su padre! de su padre, que habia sido la pasion de su vida, el único amor que llenaba su alma!... Una paletada de carne que comenzaba á descomponerse, y que ni aun conservaba en su rostro esa imponente serenidad que suele revestir las facciones de los muertos: porque la expresion de espanto que retrató al morir no habia desaparecido, y mientras uno de sus ojos se cerraba contraído y apretado como la cicatriz de una puñalada, se mantenía el otro

entreabierto, como haciendo al que lo miraba un guiño horripilante.

Lorenzo cerró los ojos, porque al movimiento de furor que ántes le dominaba, sucedia entónces una angustia inmensa, que le anegaba el alma, y la hacía replegarse en sí misma, buscando consuelo en lo que creía y esperaba... Pero el sabio matemático, el brillante alumno de la escuela de ingenieros,—pues ingeniero era Lorenzo—no tenia fe, ni tenia esperanza; habia caído tiempos atras en esa especie de libertinaje intelectual, á que arrastra el estudio exclusivo de las ciencias exactas, á muchos entendimientos, que, acostumbrados siempre á examinar, pierden la costumbre de creer, y se desdeñan de dar ese último paso de la razon, difícil porque es humillante, que consiste en comprender que hay muchas cosas que la sobrepujan. El orgullo, era, pues, en el grave, en el estudioso Lorenzo, ese algo interesado ó apasionado, que explica siempre en la vida íntima del escéptico, el secreto de su escepticismo. Lo que no entiendo, lo que no abarco, lo que no domino, imposible es que exista ni que sea: esta era la filosofía del matemático acostumbrado á despejar incógnitas.

Y como no podia despejar la incógnita de la muerte, por eso era para él, un hombre que moría, un monton de tierra que volvía á la tier-

ra, sin dejar huella ninguna... Mas cuando le tocó á su padre convertirse en aquel monton de tierra que volvía á la tierra, cuando creyó que ya no quedaba de él sino un puñado de gusanos en gérmen, sintió en todo su horror, en todo su desconsuelo, el espantoso vacío que sus teorías dejaban en el alma: recorriólas todas con el ansia con que se recorren los desiertos de la Libia buscando un sorbo de agua, y no encontrándolo, comprendió por primera vez que si la fe católica no fuese el fundamento de todas las virtudes, sería el mayor de todos los consuelos, el único que en aquellos momentos podía confortar su alma... Quiso entónces creer como recurso, y Dios, en su piedad, no tardó en salirle al encuentro.

Sintió, pues, el infeliz que se ahogaba en aquella angustia cruel, y le pareció al mismo tiempo que se ahogaba también en la pesada atmósfera que iba creando en la estancia el tufo de las hachas encendidas. Levantóse bruscamente, y abrió de par en par una ventana: entró á bocanadas el viento de la noche, y oyóse distintamente la voz de un sereno, que cantaba las dos, anteponiendo aquella fórmula piadosa que se acostumbra en Andalucía.

—¡Ave María Purísima!

Aquella breve jaculatoria trajo á la memoria

de Lorenzo la fiesta que se celebraba, la alegría de la víspera, la idea de aquella Virgen sin mancilla, que se presenta siempre al hombre como la imagen más acabada de la misericordia, la misericordia materna, dulce, activa, extensa, profunda, ilimitada, abarcando en su amor de madre á agradecidos y á ingratos, como al mundo entero lo abarca el firmamento... Lorenzo apoyó la frente en el borde del catafalco, y recitó una y otra vez las oraciones que sabía... ¡Cosa rara! aquellas mismas oraciones que tantas veces había encontrado vulgares, rutinarias y vacías de sentido, le parecieron ahora, á la luz del infortunio, llenas de profundos conceptos, de grandes significados, que hasta entónces no había descubierto.

Cuando Lorenzo levantó la cabeza, porque la vieja Manuela le sacudió por el brazo creyéndole dormido, ya amanecía... Instóle en vano la vieja á que fuera á descansar. Lorenzo se negó obstinadamente, pidiendo tan sólo que le trajesen allí mismo una taza de caldo. A las cuatro de la tarde, cuando los amigos y conocidos que acudían á la conducción del cadáver comenzaron á invadir toda la casa, todavía estaba Lorenzo al pié del catafalco. Una sola vez se había levantado: cuando, por orden de doña Tula, entraron los de la «Empresa funeraria,»

á cubrir el ataud con la bandera de Nicaragua, á guisa de paño fúnebre, y á colocar encima el antiguo baston de alcalde, y la gran banda de Isabel la Católica, sin estrenar todavía... Lorenzo lo arrojó todo en un rincon, con un movimiento de rabia: parecía aquello, como si quisiesen cubrir con un gorro de arlequin, el rostro podrido del muerto.

Varios caballeros enlutados comenzaron á entrar en la misma cámara mortuoria, y Lorenzo se refugió entónces detras de los paños, entre los muebles amontonados. Inclinábanse ante el catafalco algunos de aquellos señores, murmuraban una oracion, y salian luégo hablando de cosas indiferentes. Limitábanse otros á mirarlo todo con curiosidad, y volvian despues la espalda con ese—¿qué se me da á mí?—que se trasluce siempre á través de los duelos oficiales: por dos veces oyó reir muy bajito, y parecióle una de ellas que provocaba aquella risa la bandera de Nicaragua, olvidada en un rincon detrás del catafalco... A poco un rumor de pasos numerosos se fué acercando lentamente: era el clero que llegaba á recoger el cadáver. Lorenzo se encogió, como hace el hombre ante el golpe que le amaga, y un temblor nervioso se apoderó de sus manos: sentóse en el brazo de una butaca, y se puso maquinalmente á enfilear so-

bre el marco de un cuadro puesto en el suelo, las lindas figurillas de ajedrez que habia en una caja. El clero entonó el *De profundis*, el cántico de la muerte, sublime en su monotonía, porque resuena en los oidos con aquella misma monotonía que despierta en la mente la idea de lo eterno, que no ha empezado, ni transcurre, ni termina, ni tampoco cambia... Lorenzo escuchaba sin perder una nota, pulverizando entre sus dedos, sin notarlo, las figuritas de marfil de la caja: oyó el leve ruido del agua bendita que arrojaban sobre el ataud, y el rumor de las sotanas que se ponian en movimiento... Oyó á poco otro ruido, algo estridente, como el de un gran peso que arrastrasen por un plano: en seguida la respiracion fatigosa de varios hombres al hacer un poderoso esfuerzo: luégo unos pasos tardos, acompasados, que se clavaban en la negra bayeta del suelo, como sosteniendo una pesada carga: despues todo quedó en silencio... Lorenzo asomó la cabeza: el catafalco estaba vacío: tambien la estancia lo estaba... Entónces comprendió que ni aun la paletada de carne podrida le quedaba ya de su padre, y el dolor, el verdadero dolor, que penetra los huesos y parece separarlos de la carne; el dolor varonil, que aprieta los labios y oprime el corazon y hace jadear el pecho, se desbordó por todo su

ser, envolviéndolo por completo en su amargo vértigo, sin paliativos, ni mezcla de otras pasiones que al dividirlo lo mitigasen... Corrió desatinado por las galerías, asomóse á un balconcillo que daba al patio, y logró ver aún, allá á lo léjos, entre cuatro hombres, saliendo para siempre por el arco de la escalera, el ataúd de su padre... Sancho, que lo vió correr y le seguía, le estrechó entre sus brazos, como temeroso de que se arrojase al patio: mas él tendía hacia allí los puños apretados, y exclamaba, rechinando los dientes:

—¡Se lo llevan!... ¡ay!... ¡¡se lo llevan!!

Ocultó despues el rostro en el seno de Sancho, y ya no pronunció palabra. Dejóse llevar sin resistencia á su alcoba, y como á un niño enfermo, le desnudaron para acostarle. Sancho le acompañó hasta el anochecer, y se despidió á esta hora. Entónces le detuvo Lorenzo por un brazo, y le dijo muy bajo:

—Sancho... ¿tienes un rosario?...

Sancho se quedó parado un momento: apoyó su mano que temblaba en la cabeza de su cuñado, y dijo en el mismo tono:

—No... espera...

Y fué corriendo á las habitaciones de su cuñada, abrió cajones, destrozó cajas, deshizo paquetes, vació bolsillos, y encontró al fin en el

rincon de una cómoda, un rosario de nácar. Volvió corriendo á la alcoba de Lorenzo, y se lo arrojó sobre la cama diciendo:

—Toma...

Salióse luégo apresuradamente, y al verse solo en la habitacion vecina, apoyó la cabeza contra un quicio, y rompió á llorar como un chiquillo ..





X



UCEDE á veces con ciertas impresiones, lo que con algunas pinturas: que es necesario mirarlas á cierta distancia para conocer todo su mérito.

A los tres dias de enterrado D. Benito, cuando, disipada ya esa nube de enlutados amigos, que rodea en semejantes ocasiones á los dolientes, para acompañarlos, consolarlos, y aburrirlos las más de las veces, se instalaron de nuevo en su casa doña Tula y sus hijos, y volvió á recobrar su vida el curso ordinario, fué cuando sintieron en toda su extension el inmenso vacío que aquella pérdida dejaba en sus almas. En los primeros instantes del dolor,

se reflexiona poco: el golpe es rudo y violento, y produce en el alma una verdadera convulsion, como el contacto de un boton de fuego la produce en el cuerpo. Pero más tarde, cuando *se enfria la herida*, tórnase en un estado habitual, ménos soportable y más peligroso que aquella impresion primera, porque encierra al hombre en un círculo de tristes ideas, que giran sin cesar con horrible pausa, como encargadas de quemarlo á fuego lento. ¡Entónces es cuando encanecen los cabellos y salen arrugas en la frente!...

Aquellas largas horas empleadas en el cuidado del enfermo, que ya resultaban ociosas; aquellos objetos de su uso ya inútiles, aquellos lugares de su agrado ya vacíos, eran el combustible que alimentaba en doña Tula y sus hijos esa peligrosa idea fija, primer escalon por donde se baja á la locura, porque no permite á la sucesion de los objetos las diversas impresiones que debieran de causarnos. Así lo comprendió Lorenzo, y procuraba distraerse á la fuerza, poniendo en órden los negocios de su padre. En ninguna parte se habia encontrado el testamento de don Benito, y este descuido explicó entónces á los ojos de todos aquella última y angustiosa palabra del pobre viejo—¡Testamento!—á que nadie habia dado ántes la menor importancia.

—¡Pobrecito mio!... ¡Hijo de mi vida!—exclamaba doña Tula, discurriendo sobre aquello hecha un mar de lágrimas. ¡Hasta la última hora fuimos nosotros su pensamiento!... ¡El cuidado de nuestro bien, su última palabra!... ¡Hijo mio!... ¡Alma mia!... ¡No habia padre como él!... ¡Ningun marido le igualaba!... ¡Era un santo!... ¡Era un santo!...

De acuerdo todos los de la familia decidieron al fin hacer un inventario de los cuantiosos bienes de D. Benito, para encargar las particiones al abogado de la casa. Una tarde, despues de comer, Lorenzo bajó al despacho de su padre, donde no entraba desde el dia de Todos los Santos, fecha fatal del primer ataque... Todo lo encontró como lo habia visto la vez postrera; ordenado, inmóvil, con esa cruel inercia de las cosas, extraña á veces, porque nos parece descubrir en ellas cierta especie de vida paradójica, de vida paralizada. Allí estaban en el fondo los dos grandes estantes de caoba, en que se guardaban los papeles de familia: á la izquierda la caja de hierro de secretos mecanismos que ocultaba y defendia doradas entrañas: en medio la pesada mesa de dobles cajones, y el gran sillón giratorio, trípode en que tantas veces dogmatizó D. Benito: en frente, sobre un sofá de gutapercha, el cuadro con las armas de

Nicaragua, exótica planta heráldica, que jamás consiguió entre aquellos muros enardecer el entusiasmo de ningún compatriota. Sobre la mesa encontró todavía Lorenzo el atento B. L. M. en que invitaba el Gobernador á don Benito, para el frustrado banquete de Todos los Santos: dentro de la cartera una carta sin concluir, fechada aquel mismo día, en que don Benito encargaba á un D. Narciso Perez, residente en Madrid, tres cajas de mazapan de Toledo para regalo de Pascua; y en otro rincón de la mesa, sujetas con un pequeño busto de Voltaire, tallado en una piedra de la Bastilla, y traído por Lorenzo de París para su padre, las mismas listas electorales, que veinte minutos ántes de su muerte dictaba D. Benito á su hijo, con la segura esperanza de haber triunfado en aquel negocio ántes de quince días!...

Un suspiro con tintes de sollozo, uno de esos suspiros que amargan al salir hasta el paladar mismo, se escapó del pecho de Lorenzo: arrojó todos aquellos papeles hechos pedazos en la cesta labrada que había junto á la mesa para recibirlos, y se puso á examinar los documentos encerrados en ambos estantes: eran en su mayor parte escrituras de préstamos é hipotecas, y títulos de propiedad de diversas fincas. En un rincón encontró los autos de un pleito

seguido contra su padre por los herederos directos de aquel tío millonario, que había instituido á D. Benito su universal heredero. Lorenzo recordaba haber oído hablar en su niñez de aquel pleito, y de la miseria en que quedó la parte contraria, una viuda con cuatro hijos, al pronunciarse la sentencia en favor de D. Benito. Un movimiento de curiosidad le impulsó á recorrer el voluminoso protocolo: en un legajo aparte, encontró á lo último el testamento original del tío millonario, D. Cayetano Morales. Aquel documento podía simplificar en gran manera el trabajo del inventario, por encontrarse enumerados y apreciados en él la mayor parte de los bienes de D. Benito. Lorenzo se puso á leerlo detenidamente, y á anotar lo que le parecía importante: la tarde comenzaba á declinar, y los pesados cortinones de reps verde, que medio cubrían las dos ventanas del despacho, hacían la luz aún más escasa. Aproximóse entonces á una de las dos ventanas, que daban al espacioso jardín, y prosiguió su trabajo; á poco, vino á distraer su atención el ruido de una puerta que se abría sigilosamente en el jardín, cerca de una glorieta circular con asientos de azulejos. Asomó por ella poco á poco la cabeza de Sancho, examinando con cierta precaución todas las avenidas: aventuróse al fin á en-

trar en la glorieta, y entónces pudo notar Lorenzo, bajo su abotonado *paletot*, un bulto algo voluminoso, que se movía por sí solo como si tuviese vida. Tras él venían sus dos hijos, Sanchillo y Benitin, con sus blusitas de riguroso luto, sus botitas altas, sus calcetines negros, y las pantorrillas al aire. Benitin se agarraba á los faldones de su padre: Sanchillo venía detrás chupándose dos dedos al mismo tiempo, y en ambos se notaba ese aire entre azorado y picaresco, propio de los chiquillos cuando maquinan algo. Sancho se sentó en uno de los bancos de la glorieta; los chiquillos se pusieron en cuclillas á su lado, apoyando las manitas en las piernas de su padre: entónces sacó éste de debajo del *paletot* el bulto misterioso... Era un gato: el gato favorito de Lolita, en que tenía puesta ella toda esa exuberancia de ternura y de cariño, que rebosa el corazón de la solterona á los treinta y ocho años. La víctima protestaba enérgicamente contra aquel atropello de los derechos felinos: mas Sancho la oprimía sin piedad entre sus rodillas, sin dejarle esperanza de escape. Sacó entónces del bolsillo dos nueces, y comenzó la delicada tarea de dividir las por en medio con un cortaplumas, vaciarlas por completo y dejar los cuatro cascós del todo vacíos, como otros tantos pequeños bar-

quichuelos: colocó despues cada uno de estos en una de las patitas del gato, y dejó caer al fin al animalito sobre el pavimento de la glorieta, embaldosado con pequeños ladrillos rojos y blancos. El gato no se encontró tan á sus anchas como su antecesor Marramaquiz, el gran caudillo, cuando

Aviso tuvo cierto de Maulero  
 (Un gato de la Mancha su escudero)  
 Que al sol salía Zapaquilda hermosa,  
 Cual suele amanecer purpúrea rosa.

Léjos de eso comenzó á dar frenéticos saltos, azorado por el ruido que sus improvisados chapines producían: reíanse los chiquillos con esa risa de la infancia espontánea y comunicativa, como el gorjeo de los pájaros cuando se saludan al alba. En vano Sancho les imponía silencio, temeroso de que el atentado se descubriese: los chiquillos se reían cada vez más alto, y echaron á correr detrás del gato, por una calle que iba á parar perpendicularmente al pié de la ventana en que se hallaba Lorenzo. Este, al verlos llegar, se sonrió por primera vez despues de la muerte de su padre; temió aguarles su contento si le descubrían en la ventana, y en vez de retirarse, interpuso ligeramente entre su rostro y el cristal, la última hoja del testamento. En ella estaba la firma del

testador, Cayetano Morales, y por debajo la fecha, nueve de enero de 1846. Lorenzo miraba maquinalmente aquel nombre, escrito con esos caracteres gordos y redondos, propios de las personas toscas, no acostumbradas á manejar la pluma: vió entónces destacarse al trasluz, por detras de la firma, los claros contornos de la marca del papel, con el nombre del fabricante y la fecha de la fabricacion, 1850... Al pronto no cayó Lorenzo en la contradiccion horrible que aquellas dos fechas encerraban: imposible era escribir un documento en 1846, sobre un papel fabricado cuatro años despues, en 1850...

Mas de repente, un rayo de luz alumbró su entendimiento, y de súbito, de un golpe, sin ningun acto reflejo, vió clara como la luz la solucion del problema... Comprendió que el testamento era falso, que el cabito suelto que deja siempre en todo crimen la Providencia divina, era la contradiccion de aquellas dos fechas; que su padre era un falsificador, que era un ladron, y que aquel angustioso grito que se le escapó al morir unido á su nombre, era la confesion de su crimen, el brote de un tardío arrepentimiento, la herencia de vergüenza y de ignominia que á él mismo le dejaba (1).

(1) Este hecho es histórico, con la sola diferencia de ser una escritura, y no un testamento, el documento de que se trataba. Refieren

El golpe fué atroz... Y ántes que ningun otro sentimiento, ó dominando más bien á todos ellos, levantóse en lo más hondo de su pecho un impulso de odio feroz, de rabia implacable contra su madre; contra la cariñosísima esposa, que habia precipitado en el infierno al mísero anciano, impidiéndole, cuanso él lo deseaba, confesar su crimen y remediar su injusticia... ¡Ah! ¡cuando Lorenzo comenzaba á creer, cuando renacia su fe, ofreciéndole dulces consuelos, venia aquella misma fe recuperada á ponerle delante la suerte horrible de un alma réproba, que hubiera querido rescatar él á costa de su propia sangre!... ¡Entónces quiso refugiarse de nuevo en la impiedad, siquiera en la duda, en la incertidumbre al ménos, no tan desconsoladora á sus ojos, por participar en algo de la esperanza! Pero por un extraño fenómeno que despertaba su ira, su débil fe se fortalecia en aquel tormento, y creia á la fuerza, creia sin querer creer, en aquel infierno, que se le representaba en la imaginacion con los colores horriblemente sublimes de la paleta de Dante...

tambien algunos historiadores, que por un descuido semejante se descubrió la falsificacion de una carta, atribuida por los ministros de Cárlos III á un jesuita italiano. Pio VI, entónces simple prelado, fué quien, al decir de estos historiadores, conoció la impostura. Al reimprimirse estas páginas, un hecho semejante figura tambien en el proceso de Mr. Wilson, yerno del Presidente de la República Francesa Mr. Grèvy.

Lorenzo bramó de desesperacion, y pateando por el despacho rugia mesándose el cabello.

—¡Imposible!... ¡Imposible!...

Lanzóse al fin á la calle, y á las doce de la noche, aun no habia vuelto á su casa. Alarmada doña Tula envió recados á varias partes, en busca de su hijo; mas en ninguna pudieron encontrarle. Allá muy tarde, cerca de la una, entró al fin Lorenzo taciturno y sombrío, mas no desesperado: entróse en su alcoba sin responder á las preguntas de su madre, y se encerró por dentro...

Súpose despues, por una singular coincidencia, que habia estado aquella noche tres horas largas en casa de un famoso misionero, que predicaba á la sazón en la ciudad los sermones del Adviento.



## XI



los nueve dias de muerto D. Benito, doña Tula hizo celebrar en una Iglesia lejana solemnes exequias por el descanso eterno del difunto. Algunos manifestaron su extrañeza, de que tan pomposos funerales no se celebrasen en la Parroquia misma. Mas doña Tula, con los ojos bajos y el afligido continente que á su dolor correspondia, contestó con sus blandos arrullos de tórtola viuda.

--Pues es muy sencillo... Ese señor Cura es muy bueno, muy celoso... ¡Pero tan ordinario!... tan entrometido... tan aficionado á imponer su voluntad, que me gusta tenerlo siempre á cierta distancia... Beni no lo miraba bien por eso; y yo me he de guiar siempre por lo que pensaba